

A mi Ángel de la guarda.

Queridos lectores, es el momento de contar mi historia, un testimonio que nace desde el amor, pero también desde el dolor. Os aseguro que no es una decisión sencilla, porque implica volver atrás en el tiempo, y enfrentar sentimientos que aún duelen en una historia íntima, real, vivida por mi hijo y yo. Algo que ha marcado nuestras vidas y que durante mucho tiempo permaneció en silencio. No soy escritora, solo les escribo desde el corazón. Vayan por delante mis disculpas por los errores que pueda cometer. Solo soy una madre normal contando su historia, alguien que cree en lo que hoy nos une aquí: que hay palabras que curan. Confío en que las mías puedan llegar al corazón de alguien y servir de consuelo, de fuerza y de esperanza.

Nunca olvidaré aquel día. Llegué a casa después de una intensa jornada de trabajo, ya estabas dormidito en la cama. Habías estado malito y el médico te había diagnosticado una gripe. Al verte, sentí la necesidad de cogerte y mi corazón empezó a latir distinto, con miedo, con urgencia. Intuía algo extraño que no podía ignorar. Desperté a todos. Debíamos volver al médico. Y rápido.

El camino hacia el hospital se convirtió en una agonía. Sentía que el coche no iba lo suficientemente rápido y cada semáforo, cada kilómetro hacia el hospital me parecía una eternidad. Te miraba y el miedo crecía a cada segundo.

Mi corazón me decía que te pasaba algo muy grave. Era como si, en mi interior, algo se hubiera activado para advertirme. Parecía que el mundo se había detenido. Sentía que tenía que protegerte. Pero ¿de qué? ¿Qué estaba pasando? ¿Por qué se estaban disparando dentro de mí, todas las alarmas?

Me miraste, ese segundo se quedó grabado en mi corazón y en mi mente para siempre. Tu corazón dejó de latir, tu respiración se volvió ausente, tus ojos se pusieron en blanco... y sentí que el tiempo se paraba bruscamente. ¿Qué estaba pasando?

En urgencias todo eran voces, luces, y todo el mundo corriendo. Te arrancaron de mis brazos para llevarte dentro, y yo me quedé allí, con las manos vacías y el alma roto. Los médicos hablaban entre ellos, las máquinas pitaban, y yo solo podía mirarte y suplicar en silencio que te quedaras, que volvieras conmigo, que lucharas. En ese momento entendí que mi mayor terror, como madre, no era el dolor, ni el cansancio, ni el miedo... Era la idea de perderte

Las horas se eternizaban en aquella sala de espera. No pasaban... Cada minuto era una tortura, cada segundo una eternidad. Miraba el reloj, miraba la puerta, y volvía a mirarla, esperando verte salir, esperando una palabra, una señal.

En mi mente solo estabas tú, hijo. No existía nada más. Ni el ruido, ni la gente, ni el mundo exterior. Solo tú y mi miedo.

Pasaron muchas horas... perdí la noción del tiempo. Solo sentía el frío de aquella sala de espera y no sabía si era de día o de noche, solo sabía que mi corazón seguía allí dentro, contigo.

Llegó el médico. Su mirada lo decía todo antes de hablar: estabas en coma... y quizá no pasarías de esa noche. Mi mundo se apagó. Quise gritar, llorar, suplicar, despertar de esa pesadilla... pero no podía moverme. Solo pensaba en ti, en tu risa, en tus abrazos, en tu voz.

Te perdía... Era incapaz de respirar sabiendo que la vida podía arrebatarte de mi lado. Sabía que el amor de una madre no conoce límites, aunque nunca pensé que lo fuera a conocer de aquella forma porque el dolor más grande fue imaginar un mundo sin ti.

Le pedí a Dios, al universo, a la vida... que no te llevara, que te dejara quedarte, que te diera otra oportunidad.

Porque sin ti, nada tenía sentido. La vida se acababa.

Hoy en día, todavía no sé ni cómo llegué a la capilla del hospital porque no sabía dónde estaba. Me recuerdo temblando, en silencio, arrodillada. Supliqué. Rogué. Lloré como nunca había llorado en mi vida. Mi mundo se hacía añicos. Le pedí a Dios, a mi Cristo de Candás, a la Santina, al cielo, que no te llevara, que me llevara a mí si hacía falta, pero que te dejara quedarte.

En mi mente retumbaba “no pasará de esta noche” ¿Cómo hacerme a la idea de algo así?

Recuerdo verte entubado, inerte, tan frágil que parecía que el mundo podía romperte con solo mirarte. Cada poco te sacaban sangre, los enfermeros corrían y yo estaba allí, paralizada, mirándote, suplicando en silencio por tu vida, y esperando que el nuevo día me trajera mejores noticias.

A la mañana siguiente, no había un diagnóstico concreto, pero tú seguías vivo. Y a eso fue a lo que yo me aferré. Leucemia, ese fue un primer diagnóstico. “Bueno, ya tenemos

algo, pensé”. Poco duró la certeza, había algo que no encajaba. Aquello era otra cosa, algo sin nombre todavía.

Llegó el médico, se sentó a mi lado, me miró a los ojos, bajó la voz, como si quisiera protegerme de sus propias palabras. Me explicó despacio, con la firmeza que otorga la responsabilidad, que había una posibilidad. Era una opción arriesgada, necesitaba mi autorización. Yo tenía que tomar la decisión más difícil de mi vida: elegir si probar toda la medicación posible sin garantías, o esperar y observar.

Aún recuerdo aquella mirada suya que me sostenía mientras el suelo se abría bajo mis pies. Me explicó los riesgos, pero también me habló de esperanza. Me hablaba con franqueza y empatía. Yo estaba aterrada. No soy médica, no sé de probabilidades, solo soy tu madre y, mientras te miraba, sabía que podía perderte. Tenía miedo de hacerte daño, de no hacer nada y de equivocarme para siempre.

Aquel médico fue enormemente cercano. No podía darme certezas, pero me dio algo igual de importante: respeto, claridad y una mano invisible que me sostuvo cuando ya no podía sostenerme sola. Fueron momentos horribles, pensando sin parar. Mi corazón me gritaba que firmara. La cabeza, me pedía prudencia. Llegó el momento de tomar una decisión... Decidí creer. Creer en el médico, en su experiencia, en su humanidad. Creer en la ciencia y en que, todo podía ser posible... y FIRMÉ, mientras una voz dentro de mí susurraba: “¿y si te equivocas?” Fue una decisión durísima, un gran peso para unas manos que solo querían sostenerte y no tener que elegir entre riesgos y esperanza. Fueron días muy duros.

Te miraba allí, inmóvil, rodeado de cables y máquinas...Me acercaba a tu cama con miedo, casi sin atreverme a tocarte, como si el simple roce de mis caricias pudiera hacerte daño. Tu piel estaba ahí, pero tú parecías tan lejos... como si ya no estuvieras del todo conmigo. Te hablaba en voz baja, te contaba cosas que íbamos a hacer juntos, te pedía que lucharas. Unas veces, parecía que me escuchabas. Otras, sentía que estaba hablando sola, o quizás con mi propio miedo.

Los días pasaban y nuestra acompañante era la incertidumbre. Aunque había una certeza: seguías vivo. ¡Qué Fiestas Navideñas tan duras! Tal vez afuera, en algún sitio las luces, los adornos navideños y los villancicos inundaran el ambiente, sin embargo, yo solo sentía dolor y soledad. No sé cuanto llevaba sin dormir, no sabía si volvería a conciliar el sueño alguna vez, sólo poder agarrar tu manita me mantenía viva, pero sucumbí al cansancio y

con tu manita agarrada con cuidado apoyé mi cabeza en la cama... tu mano se movió, no fue un sueño.

¡Estabas moviendo tu mano!... Corrí. Salí de la habitación como si fuera una atleta olímpica, tu mano se había movido y yo, tropezando con todo salí corriendo de allí llena de esperanza. Tu mano se había movido...

Empezaste a abrir los ojos, una mezcla de alivio y temor me atravesaba: ¿qué pasaría ahora? El mundo desapareció y solo existíamos tú y yo.

Cuando llegó el médico nos explicó que había que seguir luchando, yo no era capaz de entenderle bien solo recuerdo “meningitis” y “algo en la sangre”. Estaba tan nerviosa Con toda la paciencia, el doctor me explicó que había que saber hasta dónde había llegado la enfermedad, qué daño podía haberte hecho, qué secuelas podían quedarte. Hablaba de parálisis, de no poder caminar, incluso de ceguera... y un infinito etcétera. Las palabras eran demasiado duras. Después de escucharle fui a tu habitación y vi tu carita... esa mirada de miedo, de haber sufrido. Y cuando me viste, hijo, entre lágrimas me dijiste: “Mamá, gracias por ser mi ángel de la guarda”. Eso me llegó muy hondo y te abracé en silencio.

La incertidumbre era peor que el propio golpe inicial. No sabía qué iba a pasar, si habría secuelas, si podrías llevar una vida normal.

Por fin, llegó la hora de levantarte de la cama: sin saber si podrías caminar. Y tú, hijo mío, mirándome confiado, te levantaste. Tus pasos eran inseguros, como si tu cuerpo tuviera que aprenderlo todo desde el principio. Tú te mantenías en pie, y eso... eso lo cambiaba todo. En medio de tanta oscuridad teníamos una pequeña luz, tenue pero real. Cuando todo parecía perdido, apareció algo a lo que agarrarme, aquellos pequeños pasos inseguros. Pasado el tiempo, volvimos a nuestra casa, a la vida, aún estabas débil. Dejamos atrás el hospital, el camino continuaba, desde el amor, desde la esperanza...

Mi hijo, tiene 17 años, sintió que yo fui su Ángel de la Guarda en aquellos momentos. Y hoy, digo con seguridad que mi Ángel de la Guarda es él, pues su presencia, su fuerza y su amor se convirtieron en mi sostén, en mi refugio y en mi esperanza cuando caí enferma de cáncer. A los médicos y sanitarios que nos acompañaron gracias desde lo más profundo de mi corazón. Por cuidarme, por cuidar de mi hijo y por cada palabra que me devolvía la esperanza. Hacia ustedes mi gratitud es eterna.

Fdo: Lady Hope